

**EQUIPO ARQUIDIOCESANO DE ANIMACIÓN VOCACIONAL
SEMANA VOCACIONAL ARQUIDIOCESANA
COMUNIDADES EDUCATIVAS**

17-23 de abril de 2016

OBJETIVO:

En el contexto de la Semana Vocacional Arquidiocesana, impulsar en las comunidades educativas, experiencias significativas que permitan reavivar la comprensión y la vivencia de la Cultura Vocacional.

1. Subsidio de reflexión: se pide de manera especial que se tenga como mensaje central de reflexión para la oración de toda la semana, el Mensaje del Santo Padre Francisco para la Jornada de Oración por las Vocaciones de este año. Este puede ser presentado de manera creativa, acompañado de un texto bíblico o de un testimonio vocacional de cada uno de los estados de vida o la lectura biográfica de algún santo. Al final se invitará a los estudiantes a realizar juntos la oración por las vocaciones que se encuentra en el recuadro final del Mensaje o el anexo con la oración *Oh Jesús Buen Pastor*.

**MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA LA 53 JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES
LA IGLESIA, MADRE DE VOCACIONES**

Queridos hermanos y hermanas:

Cómo desearía que, a lo largo del Jubileo Extraordinario de la Misericordia, todos los bautizados pudieran experimentar el gozo de pertenecer a la Iglesia. Ojalá puedan redescubrir que la vocación cristiana, así como las vocaciones particulares, nacen en el seno del Pueblo de Dios y son dones de la divina misericordia. La Iglesia es la casa de la misericordia y la «tierra» donde la vocación germina, crece y da fruto.

Por eso, invito a todos los fieles, con ocasión de esta 53ª Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, a contemplar la comunidad apostólica y a agradecer la mediación de la comunidad en su propio camino vocacional. En la Bula de convocatoria del Jubileo Extraordinario de la Misericordia recordaba las palabras de San Beda el Venerable referentes a la vocación de san Mateo: *misereando atque eligendo*

(*Misericordiae Vultus*, 8). La acción misericordiosa del Señor perdona nuestros pecados y nos abre a la vida nueva que se concreta en la llamada al seguimiento y a la misión. Toda vocación en la Iglesia tiene su origen en la mirada compasiva de Jesús. Conversión y vocación son como las dos caras de una sola moneda y se implican mutuamente a lo largo de la vida del discípulo misionero.

El beato Pablo VI, en su exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*, describió los pasos del proceso evangelizador. Uno de ellos es la adhesión a la comunidad cristiana (cf. n. 23), esa comunidad de la cual el discípulo del Señor ha recibido el testimonio de la fe y el anuncio explícito de la misericordia del Señor. Esta incorporación comunitaria incluye toda la riqueza de la vida eclesial, especialmente los Sacramentos. La Iglesia no es sólo el lugar donde se cree, sino también verdadero objeto de nuestra fe; por eso decimos en el Credo: «Creo en la Iglesia».

La llamada de Dios se realiza por medio de la mediación comunitaria. Dios nos llama a pertenecer a la Iglesia y, después de madurar en su seno, nos concede una vocación específica. El camino vocacional se hace al lado de otros hermanos y hermanas que el Señor nos regala: es una con-vocación. El dinamismo eclesial de la vocación es un antídoto contra el veneno de la indiferencia y el individualismo. Establece esa comunión en la cual la indiferencia ha sido vencida por el amor, porque nos exige salir de nosotros mismos, poniendo nuestra vida al servicio del designio de Dios y asumiendo la situación histórica de su pueblo santo.

En esta jornada, dedicada a la oración por las vocaciones, deseo invitar a todos los fieles a asumir su responsabilidad en el cuidado y el discernimiento vocacional. Cuando los apóstoles buscaban uno que ocupase el puesto de Judas Iscariote, san Pedro convocó a ciento veinte hermanos (Hch 1,15); para elegir a los Siete, convocaron el pleno de los discípulos (Hch 6,2). San Pablo da a Tito criterios específicos para seleccionar a los presbíteros (Tt 1,5-9). También hoy la comunidad cristiana está siempre presente en el surgimiento, formación y perseverancia de las vocaciones (cfr. Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, 107).

La vocación nace en la Iglesia. Desde el nacimiento de una vocación es necesario un adecuado «sentido» de Iglesia. Nadie es llamado exclusivamente para una región, ni para un grupo o movimiento eclesial, sino al servicio de la Iglesia y del mundo. Un signo claro de la autenticidad de un carisma es su eclesialidad, su

capacidad para integrarse armónicamente en la vida del santo Pueblo fiel de Dios para el bien de todos (ibíd., 130). Respondiendo a la llamada de Dios, el joven ve cómo se amplía el horizonte eclesial, puede considerar los diferentes carismas y vocaciones y alcanzar así un discernimiento más objetivo. La comunidad se convierte de este modo en el hogar y la familia en la que nace la vocación. El candidato contempla agradecido esta mediación comunitaria como un elemento irrenunciable para su futuro. Aprende a conocer y a amar a otros hermanos y hermanas que recorren diversos caminos; y estos vínculos fortalecen en todos la comunión.

La vocación crece en la Iglesia. Durante el proceso formativo, los candidatos a las distintas vocaciones necesitan conocer mejor la comunidad eclesial, superando las percepciones limitadas que todos tenemos al principio. Para ello, es oportuno realizar experiencias apostólicas junto a otros miembros de la comunidad, por ejemplo: comunicar el mensaje evangélico junto a un buen catequista; experimentar la evangelización de las periferias con una comunidad religiosa; descubrir y apreciar el tesoro de la contemplación compartiendo la vida de clausura; conocer mejor la misión ad gentes por el contacto con los misioneros; profundizar en la experiencia de la pastoral en la parroquia y en la diócesis con los sacerdotes diocesanos. Para quienes ya están en formación, la comunidad cristiana permanece siempre como el ámbito educativo fundamental, ante la cual experimentan gratitud.

La vocación está sostenida por la Iglesia. Después del compromiso definitivo, el camino vocacional en la Iglesia no termina, continúa en la disponibilidad para el servicio, en la perseverancia y en la formación permanente. Quien ha consagrado su vida al Señor está dispuesto a servir a la Iglesia donde esta le necesite. La misión de Pablo y Bernabé es un ejemplo de esta disponibilidad eclesial. Enviados por el Espíritu Santo desde la comunidad de Antioquía a una misión (Hch 13,1-4), volvieron a la comunidad y compartieron lo que el Señor había realizado por medio de ellos (Hch 14,27). Los misioneros están acompañados y sostenidos por la comunidad cristiana, que continúa siendo para ellos un referente vital, como la patria visible que da seguridad a quienes peregrinan hacia la vida eterna.

Entre los agentes pastorales tienen una importancia especial los sacerdotes. A través de su ministerio se hace presente la palabra de Jesús que ha declarado: Yo soy la puerta de las ovejas... Yo soy el buen pastor (Jn 10, 7.11). El cuidado pastoral

de las vocaciones es una parte fundamental de su ministerio pastoral. Los sacerdotes acompañan a quienes están en busca de la propia vocación y a los que ya han entregado su vida al servicio de Dios y de la comunidad.

Todos los fieles están llamados a tomar conciencia del dinamismo eclesial de la vocación, para que las comunidades de fe lleguen a ser, a ejemplo de la Virgen María, seno materno que acoge el don del Espíritu Santo (Lc 1,35-38). La maternidad de la Iglesia se expresa a través de la oración perseverante por las vocaciones, de su acción educativa y del acompañamiento que brinda a quienes perciben la llamada de Dios. También lo hace a través de una cuidadosa selección de los candidatos al ministerio ordenado y a la vida consagrada. Finalmente es madre de las vocaciones al sostener continuamente a aquellos que han consagrado su vida al servicio de los demás.

Pidamos al Señor que conceda a quienes han emprendido un camino vocacional una profunda adhesión a la Iglesia; y que el Espíritu Santo refuerce en los Pastores y en todos los fieles la comunión eclesial, el discernimiento y la paternidad y maternidad espirituales:

“Padre de misericordia, que has entregado a tu Hijo por nuestra salvación y nos sostienes continuamente con los dones de tu Espíritu, concédenos comunidades cristianas vivas, fervorosas y alegres, que sean fuentes de vida fraterna y que despierten entre los jóvenes el deseo de consagrarse a Ti y a la evangelización. Sostenlas en el empeño de proponer a los jóvenes una adecuada catequesis vocacional y caminos de especial consagración. Dales sabiduría para el necesario discernimiento de las vocaciones de modo que en todo brille la grandeza de tu amor misericordioso. Que María, Madre y educadora de Jesús, interceda por cada una de las comunidades cristianas, para que, hechas fecundas por el Espíritu Santo, sean fuente de auténticas vocaciones al servicio del pueblo santo de Dios.”

Vaticano, 29 de noviembre de 2015
Francisco

ANEXO

OH JESÚS, BUEN PASTOR (San Juan Pablo II)

Oh Jesús, Buen Pastor, suscita en todas las comunidades parroquiales sacerdotes y diáconos, religiosos y religiosas, laicos consagrados y misioneros, según las necesidades del mundo entero, al que tú amas y quieres salvar.

Asiste a nuestros Pastores y a todas las personas consagradas. Guía los pasos de aquellos que han acogido generosamente tu llamada y se preparan a las órdenes sagradas o a la profesión de los consejos evangélicos.

Vuelve tu mirada de amor hacia tantos jóvenes bien dispuestos y llámalos a tu seguimiento. Ayúdales a comprender que sólo en Ti pueden realizarse plenamente.

Amén.

2. Subsidio pastoral:

2.1. Con una adecuada ambientación a partir del manejo de los signos e imágenes relacionadas con la siguiente historia, se propone la siguiente actividad para el ciclo que corresponda, a partir de la narración de la siguiente historia:

LA SEMILLA QUE NO QUERÍA CRECER

*Hace bastante tiempo, no lo recuerdo muy bien, pasó un sembrador por esta tierra y fue dejando caer sus semillas. Con cariño les hablaba y decía una cosa a cada una:

- *Sé un buen árbol para que se apoyen en ti las aves del cielo.*
- *Da buen trigo, para que pueda el molinero hacerte harina y ser luego un rico pan para las familias.*
- *Crece bien, para girar luego con el sol.*
- *Danos buen aceite, para que podamos condimentar nuestros alimentos.*

Y aquel sembrador salía todos los días a ver crecer el campo y veía satisfecho cómo cada planta echaba sus tallos y hojas. Los regaba, les sacaba la maleza y los cuidaba de todos los modos posibles.

Sin embargo, entre todas aquellas plantas que iban creciendo... el sembrador notaba la falta de una semilla que no había salido todavía a la luz.

Todos los días al recorrer los campos, la esperaba ver aparecer con gran ansia.

Allí dentro de la tierra, se oía el rumor de la semilla:

- Sé que es hora de crecer, de salir de la tierra y echar raíces con firmeza, pero si salgo y no llueve suficientemente me moriré de sed, y si hace mucho frío me congelaré; o si hace mucho calor me quemaré. O alguien me va a pisar y aplastar. Tengo miedo.

Otra semilla que ya estaba naciendo de a poquito, la escuchó y le dijo:

- No tengas miedo, ¿No quieres ver el azul del día, ser un árbol fuerte, dormir a la luz de las estrellas?

Respondió la semillita: *Sí, pero si las cosas salen mal... todo se acabará.*

Pasó el tiempo y aquella semilla no se atrevía a crecer....

Hasta que un día, entre sus dudas y miedos, escuchó de nuevo la voz del sembrador que le decía:

- *“Crece porque te necesitamos”.*
- *“Por tu lado pasarán muchas gentes y se sentarán aquí para descansar”.* (Y la semilla se imaginaba a la gente que pasaba cansada y necesitaba una sombra...)
- *“Las aves harán sus nidos en tu rama.... crece, ánimo”.* (Y la semilla se imaginaba también a los pajaritos que descansaban en sus ramas...)

Entonces, la semillita, entendió que alguien la esperaba y que no podía permanecer más tiempo allí, bajo el suelo. Empezó a romper las primeras cascarras, le salieron los primeros brotecitos y todos los demás árboles aplaudían con sus hojas y le decían: - *Bien... inténtalo. -Vas a ver qué lindo es aquí afuera.*

- *Bienvenida... hace rato que te esperamos.*

La semillita se puso a crecer y cuando salió a la luz, encontró la sonrisa del sembrador y luego, vio un camino cerquita... entonces deseó crecer más y más... y llegó a ser un arbolito.

Vinieron las nieves y los vientos del invierno, la gente pasaba por ahí temblando de frío, pero bien abrigados... y ella luchaba con todas sus fuerzas para no ser arrastrada o quebrada por la nieve o el viento.

Y cuando caía fuerte la lluvia, aquel arbolito, se agarraba fuerte a sus raíces para no ser arrancada.

Y todas las tardes venía el sembrador a sonreírle y a darle unas palmaditas, mientras le decía:

- *Qué lindo árbol está creciendo... sigue así... amigo-.*

Así, nuestro arbolito creció... un año y otro... venía la gente y se ponía un rato a su sombra y luego continuaba su camino.

Descubrió que una ardillita había formado una familia en el hueco de sus ramas.

A los pajaritos les encantaba venir a posarse entre sus hojas, porque eran amplias y abundantes. Creció y creció. La gente veía sobresalir el árbol, por encima de todos, desde muy lejos. Le llamaban el *Árbol del Camino*, porque era el más alto y fuerte. Y todas las tardes venía el sembrador a sonreírle viendo cómo crecía.

Un día de invierno, el gran árbol vio como el sembrador venía con mucho frío... entonces se dijo: *-El hizo tanto por mí... me cultivó, me regó, me cuidó... gracias a él, tuve ánimo para crecer. Ahora me necesita y voy a hacer algo por él...-*

Entonces, lentamente fue desgajando una rama, otra rama y otra más... él mismo se estaba dando para que el sembrador no sufriera por el frío. Aunque a él le dolió muchísimo y corrían lágrimas de resina por su tronco. Qué bien le vino la leña al sembrador, que vino a recogerla con sus hijos y su esposa...

Pasó el tiempo y de nuevo muy contento, vino el sembrador a ver a su gran Árbol del camino. Y le hablaba con cariño, y le sonreía agradecido. Así... pasaron muchos años. Cada vez que venía el sembrador (y ahora también a toda la gente que se le acercara), el árbol le daba lo mejor de sí mismo, sus ramas, sus mejores frutos.

Y el sembrador cada tarde venía a sonreírle."

2.2. A continuación, se les pide a los estudiantes que se detengan a pensar brevemente y a compartir sus respuestas frente a alguna de las siguientes preguntas:

- ✓ Si tu vida fuera como la de la semilla ¿Quién (es) es (son) el (los) sembrador(es)? ¿Qué quiere(n) de ti?
- ✓ La semilla tenía miedo de crecer... ¿Qué dificultades has encontrado en tu vida para que crezca la semilla de tu vida? ¿Cómo las superas?
- ✓ Se convirtió en un gran árbol que sirvió a los demás ¿Cómo te imaginas los frutos de la semilla de tu vida en un futuro?

2.3. Una vez que se ha realizado el diálogo grupal, se les entregan a los estudiantes, tres semillas y se invita a pensar por cada una en el valor de la vida que han recibido de Dios a través de sus padres, de la fe que han recibido a través de su comunidad eclesial y de la invitación que ahora Dios les hace para que descubran desde su experiencia como estudiantes cuál puede ser la misión a la que Dios los llama para completar su crecimiento y su madurez en la vida.

2.4. Para finalizar, a través de un canto o de una oración espontánea de acción de gracias por la semilla de mi vida, de mi fe y de mi vocación, se concluye este encuentro.